

POETICA INTERTEXTUAL Y HERMENEUTICA

Alfredo Martínez Expósito

La epistemología literaria opera con dos tipos de instrumentos. Uno de ellos es el descriptivismo de los datos objetivos que cada obra ofrece, fundamentalmente el aparato textual y el autor. Las teorías positivistas, materialistas, formalistas y estructurales siguen diferentes versiones de este camino. El otro es el hermenéutico, es decir, el que explora la capacidad semántica y las virtualidades interpretativas de la obra literaria con la esperanza de obtener sus patrones de comportamiento semántico; las estéticas idealistas, la fenomenología literaria y la deconstrucción son ejemplos representativos. Parece ser que ambas vías son necesariamente complementarias, que cada una de ellas se revela insuficiente ante el fenómeno literario si no cuenta con la otra, como demostró la crisis del estructuralismo. La teoría de la literatura, que en los períodos formalistas se centró con enorme provecho en la descripción, ha girado de nuevo sus ojos hacia la cuestión hermenéutica. Hoy, que ya conocemos de forma muy exhaustiva el funcionamiento material de los textos, recibimos de nuevo a Hermes.

Gracias a Dilthey, Heidegger y Gadamer hoy entendemos la hermenéutica como teoría de la interpretación antes que como exégesis religiosa. El problema de la interpretación es su carácter totalizador, ya que preside la actividad del ser humano en todas sus vertientes. No se puede considerar, a la luz de las ideas de la fenomenología, que la interpretación es posterior al entendimiento porque todo entendimiento, consciente o inconscientemente, es ya interpretativo. Los diferentes tipos de interpretación que se han distinguido se basan en la metodología clásica de la comprensión interpretativa, que

distingue tres pasos o momentos: entendimiento, explicación y aplicación (*subtilitas intellegendi, explicandi y applicandi*), que presentan una sorprendente simetría con el programa semiótico de semántica, sintaxis y pragmática.

En la base de toda la teoría hermenéutica está la cuestión del sentido; por lo cual entra así en contacto con las teorías lingüísticas de la comunicación y con las teorías semiológicas de la significación. Es decir, la cuestión del lenguaje es, en sí, una cuestión hermenéutica desde el momento en que es el mecanismo generador de todos los sistemas sígnicos o, al menos, cualquier otro sistema puede reducirse a él; y, además, es el único instrumento con el que la hermenéutica y la semiótica pueden afrontar el funcionamiento de lo ideológico. La ideología y el lenguaje representan el bagaje indispensable del funcionamiento semiótico del hombre, lo cual se puede apreciar en todo su valor si consideramos la ideología como prejuicio formador de una visión del mundo.

Gadamer¹ centra el objetivo de la hermenéutica ya no en un punto concreto (un texto, por ejemplo), sino en una relación: la resultante de considerar a la transmisión de la tradición como previa a la comprensión en sí. Esa transmisión se opera gracias al lenguaje y, por lo tanto, su estudio es fundamental, aunque no como objeto interpretable sino como acontecimiento cuyo sentido es preciso penetrar. La postura de Gadamer, en consecuencia, descansa sobre una atención extrema a la tradición y a los prejuicios, categorías ambas que establecen entre sí un juego de preguntas y respuestas, un diálogo hermenéutico, en cuyo seno se abre paso el sentido. Vivimos rodeados de prejuicios en el seno de una tradición histórica que nos permite el diálogo y la comunicación, y es, precisamente, en la dialéctica que en cada individuo se presenta entre apropiación de la tradición y distanciamiento o extrañeza ante ella, en donde puede surgir el sentido que la hermenéutica busca: el prejuicio y la tradición, más que cerrar, abren la posibilidad de comprender.

Esta es una de las enseñanzas fundamentales de Gadamer: nuestros prejuicios nos enseñan a ver el mundo; cada uno de nosotros

1 Hans-Georg Gadamer, *Wahrheit und Methode*, Tübingen, Mohr, 1960.

llevamos las huellas de una tradición (aceptada o rechazada, pero siempre implícita) y, gracias a ellas, descubrimos en nuestro entorno y dentro de nosotros mismos, los sentidos del ser de las cosas. Esta puerta abierta a la pluralidad de la interpretación es, también, una puerta abierta a formas de crítica literaria como la de la escuela de Constanza, que parte del supuesto (¿prejuicio?) de que cada obra lleva en sí la huella de su propia tradición.

El maridaje de esta forma ontológico-hermenéutica de plantear el sentido de la obra literaria con el aperturismo textual propiciado por la pragmática es, sin duda, muy provechoso. En las páginas que siguen intentaremos afrontar una cuestión puntual de teoría literaria, como es la noción de intertextualidad, a partir de las ideas emanadas de esta perspectiva. Nos motiva la idea de que una semántica intertextual ha de guardar cierta similitud con los símbolos de la tradición hermenéutica: tanto más rica cuanto más ambigua (tópico magistralmente tematizado por Eco en alguna de sus novelas).

DE LA CRÍTICA DE FUENTES A LA CULTURA DE LA INTERTEXTUALIDAD

Es ya un lugar común considerar la teoría de la intertextualidad como la heredera estructuralista de la tradicional crítica de fuentes y modelos. Esta idea, en lo esencial, es correcta; pero puede sugerir una especie de simetría metodológica o de continuismo epistemológico que en realidad, como veremos, no hay. Es preciso comprender, desde el primer momento, las diferencias que separan tajantemente la esfera hidráulica² de la intertextual, por dos razones: primero, porque una teoría es heredera de la otra en el sentido de que la sustituye, demostrando su inadecuación, error o falsedad, hasta que ella misma es sustituida por otra: herencia por sustitución, no por perfeccionamiento o matización; y segundo, porque la teoría de la intertextualidad, a pesar de su enorme éxito en el Occidente postestructural, fue presentada desde el principio en una forma muy deficiente y, según Wlad Godzich,³ el peligro es que en muchos am-

2 Usamos sin ironía la conocida adjetivación de Salinas.

3 Wlad Godzich, "La otredad necesaria: representación e intertextualidad", *Eutopías*, 1, 1985, p. 12.

bientes ha supuesto un regreso a épocas anteriores, como revivificación de los antiguos estudios sobre fuentes e influencias. Considerando que la intertextualidad trabaja sobre un material casi idéntico al de la crítica de fuentes, hemos de insistir en la enorme diferencia de sus métodos, objetivos y resultados, porque es precisamente esa diferencia cualitativa la que legitima, en última instancia, el auge de la crítica intertextual.

Convendría, en primer lugar, aclarar que la crítica de fuentes no encierra un todo monolítico e inarticulado, sino que agrupa varias tendencias ligeramente diferentes entre sí. D'Ippolito⁴ distingue cuando menos dos fases o tipos diferentes. En el siglo XIX, en general, predomina una crítica estática, positivista y con pretensiones de objetividad; se buscan las fuentes de una obra como precedentes temáticos y los modelos como precedentes formales; sus métodos son de todos bien conocidos: hipertrofia de los materiales, carencia de selección, acumulación. Esto constituye, simultáneamente, su gran defecto y su gran virtud, ya que sin una primera fase de historicismo positivista y frenéticamente desatado a la busca de orígenes y precedentes no hubiera existido otra segunda de ordenamiento y fermentación de los materiales conseguidos. Esa segunda fase es claramente dominante ya bien entrado el siglo XX. Se trata ahora de una crítica mucho menos estática, de índole subjetiva e idealista, que se plantea la funcionalidad de las imitaciones dentro del orden previsto por el autor. La postura básica de sus practicantes se entiende perfectamente con una de sus expresiones favoritas —*imitación creativa*— que además tiene una importancia casi histórica, porque es la primera vez, en casi tres siglos, que tal sintagma no constituye un oxímoron. Ejemplo del primer tipo es la labor ingente de don Marcelino Menéndez y Pelayo; del segundo, la elegancia de Dámaso Alonso.

Hasta la aparición efectiva del término *intertextualidad* aún había de pasar tiempo, pero ya en la URSS Mijail Bajtin y sus amigos

4 Gennaro D'Ippolito, "Semiologia e *Quellenforschung*: origine, sviluppo, applicazioni del concetto di intertestualità", en Herzfeld y Melazzo (eds.), *Semiotic Theory and Practice. Proceedings of the Third International Congress of the IASS (Palermo, 1984)*, Berlin-New York-Amsterdam, Mouton de Gruyter, 1988.

hablaban un lenguaje bastante diferente. Las ideas del denominado Círculo de Bajtin o de Leningrado⁵ no llegaron a Occidente sino hasta muchos años después (como tampoco llegó la mayor parte del estructuralismo soviético) por razones de diversa índole. Cuando lo hicieron, se produjo, como era de esperar, una conmoción intelectual. Sin ir más lejos, su noción de *dialogismo*, que sirvió a Kristeva como germen para la formulación de la teoría intertextual, consiguió dejar obsoleta la versión más dinámica de la crítica de fuentes. Pasados casi treinta años, la teoría intertextual ha dado ya un fruto innegable y comienza a ser sustituida por otras preocupaciones. Queda, sin embargo, la duda de que sus practicantes hayan llegado, efectivamente, a superar los modelos hidráulicos.

Frente a la visión unidimensional y acumulativa que la crítica de fuentes tenía de la producción literaria, frente a esas fuentes inamovibles que nos presentaba, frente a un presente que sólo reelaboraba un pasado monolítico, inalterable, histórico, la intertextualidad entiende el universo de los discursos como un orden simultáneo de correlaciones múltiples que están implícitas en todo texto y cuya activación puede modificar el conocimiento de obras anteriores. La literatura, entonces, viene a ser como un sistema de vasos comunicantes, dinámico, donde el presente reformula el pasado de la misma forma que el pasado prefigura el porvenir. Existe una profunda brecha que separa las nociones de fuente e intertexto. Fenomenológicamente, las fuentes son meros datos de forma y/o de contenido, mientras que el intertexto está formado por una serie de textos privilegiados por un autor en función de los principios constitutivos de su obra, una especie de modelo estructurador. Funcionalmente, la fuente es poco menos que un residuo inerte; el intertexto es un generador de nuevas isotopías y niveles de sentido. Estructuralmente, las fuentes son relaciones accidentales; el intertexto es un conjunto de relaciones necesarias para el proceso constitutivo de la obra, la cual es siempre transformación de otros textos.⁶ Pero, quizás la gran

5 Tzvetan Todorov, *Mikhaïl Bakhtine, le principe dialogique, suivi de Ecrits du Cercle de Bakhtine*, Paris, Seuil, 1981.

6 Gustavo Guerrero, *La estrategia neobarroca: estudio sobre el resurgimiento de la poética barroca en la obra de Severo Sarduy*, Barcelona, Del Mall, 1987, p. 163 y siguientes. D'Ippolito, *op.cit.*, p. 450.

revolución de la teoría intertextual consiste en sus dimensiones semántica y pragmática, de las que carecía la crítica de fuentes; prácticamente todos los estudiosos del tema acaban por incidir en su valor hermenéutico, que establece en el discurso un nuevo modo de lectura y apela a una participación mucho más activa por parte del lector. La intertextualidad, contrariamente a la lectura lineal, orienta la lectura, la interpretación, la producción del sentido.⁷

El objeto favorito de la crítica de fuentes, allí donde se podía exhibir a gusto, e incluso provocar de vez en cuando la polémica, era el folklore y el texto no serializado por la imprenta. La cultura del manuscrito encuentra en la tradición una gran masa de memoria que lleva en sí la huella de textos sucesivos y una verdadera norma de comportamiento textual, que lleva implícitos los esquemas semánticos y pragmáticos que configuran tal cultura.⁸ Pero con la aparición de la imprenta este esquema mental es sustituido radicalmente por otro bien distinto, que tiende a considerar la obra como entidad cerrada en sí misma y apartada de otras. De ahí el concepto de originalidad y otros parecidos que conciben el significado aislado de influencias exteriores.

Se puede decir que toda la cuestión de la intertextualidad surge gracias a la existencia de esta cultura de lo impreso, a nuestros moldes de pensamiento que, en ciertos momentos del pasado, nos llevaron incluso a ver cada texto como algo autónomo y cerrado. McLuhan considera que la revolución que provocó la imprenta debió producir una crisis intertextual similar a la producida en los primeros años del siglo XX con la aparición de las nuevas tecnologías en materia de comunicación, ya que el aumento de la capacidad memorística que estas revoluciones suponen, amenazan, aparentemente, con colapsar

7 D'Ippolito, p. 449. Véanse también Guerrero, op.cit., p. 171, y todo el capítulo que dedica a la transtextualidad, en donde en una elegante analogía compara este fenómeno a un procedimiento de tatuaje. Marco De Marinis, *Semiotica del teatro. L'analisi testuale dello spettacolo*, Milano, Bompiani, 1982, p. 98. Laurent Jenny, "La stratégie de la forme", *Poétique*, 27, 1976, p. 279.

8 Paul Zumthor, *Essai de poétique médiévale*, Paris, Seuil, 1972, ofrece una explicación de este carácter tradicional, en donde llega a decir que la tradición es un texto virtual, irradiador de la significación.

el sistema cultural.⁹ El concepto de crisis intertextual puede ayudarnos a comprender ciertos caracteres de la cultura de nuestra época que seguramente encontraríamos también en la literatura renacentista.

Nuestra cultura de masas es la cultura de la intertextualidad. Cuando un discurso se dirige simultáneamente a un elevado número de personas se produce una inevitable redundancia en el seno de su estructura formal,¹⁰ lo cual es bien evidente en las literaturas marginales, desde la poesía de cordel hasta la fotonovela. Pero el carácter citativo, el tratamiento de la intertextualidad en sus versiones más conscientes, es de tipo ostensivo; es decir, en ningún momento se trata de disimular el préstamo (o la apropiación), sino más bien se exhibe como garantía de literariedad; incluso, como dice Eco, cuando se intenta pasar a hurtadillas o de contrabando.¹¹

La cultura de masas supone, en este sentido, una nueva versión de la cultura del manuscrito. Los textos, una vez desacralizados, han vuelto a formar parte de una memoria general de la época, de un archivo literario común del que cada usuario, cada autor y cada lector, puede disfrutar como mejor le parezca. La crisis intertextual de la que con cierta ingenuidad hablaba McLuhan ha dado paso, en nuestros días, a una verdadera hipertrofia del intertexto, hasta tal punto que hoy ya no se puede plantear el estudio de meras relaciones entre los textos porque éstos han perdido su individualidad y el estatuto de particularidad e irrepitibilidad que hasta hace poco les había caracterizado.

No propondremos aún una definición operativa de la intertextualidad, pero sí perfilaremos ya nítidamente algunos contornos del concepto. Este andamiaje general reposa sobre una serie de ideas que aparecen de una u otra manera en todas las formulaciones: 1, es un requisito previo del funcionamiento discursivo; 2, relativiza el principio de inmanencia; 3, se apoya en la *parole* saussureana; 4, constituye un mecanismo de literaturización; 5, es una instancia hermenéu-

9 Cfr. Jenny, 1976:259.

10 Vicente Sánchez-Biosca, "Intertextualidad y cultura de masas: entre la parodia y el pastiche", *Discurso*, 2, 1988, pp. 49-66.

11 Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1968, p. 129.

tica de primera importancia. Veámoslas.

La intertextualidad se considera uno de los requisitos indispensables del discurso, como la coherencia, la adecuación o la intencionalidad comunicativa.¹² No se reduce al hiperconstruido discurso literario, sino que es requisito previo de la discursividad. De ahí que, en la práctica, decir que en una obra literaria hay intertextualidad es tan obvio que equivale a no decir nada.¹³

Hoy disponemos ya de la suficiente perspectiva histórica para valorar la obsesión inmanentista de los estructuralismos europeos. Creemos que, en el fondo, los estructuralistas siempre fueron conscientes del equilibrio al que debían aspirar porque hacía ya muchos años Tynianov, con más contundencia que otros, había hablado de las funciones autónoma y sinónima, y parecía (incómodamente) incontestable que había que estudiar también las relaciones del texto con los textos previos y con otros textos ajenos a su sistema semiótico. No es casual que los estudios teóricos sobre la intertextualidad se desarrollen, precisamente, a partir de la decadencia del estructuralismo; pero sería arriesgado por nuestra parte sostener una relación de causalidad en estos niveles. En todo caso, la noción de intertextualidad obliga a reconsiderar las fronteras del texto, que se ven enormemente debilitadas y aun cuestionadas abiertamente.

La crisis de la inmanencia y la promoción de la interdependencia ponen en la picota la idea romántico-burguesa de originalidad:

Ninguna historia es ni puede ser una invención absolutamente original. Todo relato remite a un relato precedente: el relato es siempre un eco de relatos. La originalidad de un texto literario no puede consistir en la ausencia de referencias a otros textos anteriores.¹⁴

12 Graciela Reyes, *Polifonía textual. La citación en el relato literario*, Madrid, Gredos, 1984.

13 Laurent Jenny muestra el carácter necesario del fenómeno intertextual en una forma un tanto arriesgada, acudiendo a una noción de arquetipo no del todo clara.

14 Tzvetan Todorov, *Grammaire du Décaméron*, The Hague, Mouton, 1969; cito por la traducción castellana: *Gramática del Decamerón*, Madrid, Josefina Betancor, 1973, p. 24.

Otra de las propiedades de la intertextualidad es que imprime un giro notable a las apreciaciones de Saussure sobre la primacía de la *langue*, que condicionaron el pensamiento lingüístico de todo el estructuralismo. La semiótica postestructuralista ha emprendido la aventura del texto, de la *parole*, del discurso y del enunciado, cansada ya del código, de la *langue*, de las virtualidades del sistema. Este giro radical ha afectado a una de las dicotomías clásicas del pensamiento saussureano, como es diacronía vs. sincronía.¹⁵

Los géneros discursivos propios del mercado literario abusan de los procedimientos que mejor pueden servir a sus intereses. Cargar las tintas sobre la intertextualidad es uno de los mecanismos más consensuadamente "literarios" porque explicita la función poética del lenguaje y descubre gestos característicos (géneros, temas, estructuras). Un desarrollo de la función poética de la intertextualidad nos podría llevar demasiado tiempo. Por el momento, nos será suficiente con señalar que el grado de explicitación formal del recurso ha de jugar un papel importante: entre la sutil alusión y la cita directa hay, sin duda, una diferencia notable.¹⁶

En líneas generales se distinguen dos tipos de relación intertextual (con una difusa frontera entre ambos): la que es elemento configurador del sentido, de tal manera que sólo a partir de ella se puede atribuir algún sentido al texto-objeto (en caso contrario, si la relación pasa inadvertida, o no se esclarece totalmente, el texto queda hermético, oscuro e incomprensible); y la que se instaura como sentido

-
- 15 A. Martínez Expósito, "Literary Competence and Diachronic Perspective", en G. Deledalle (ed.), *Signs of Humanity. L'homme et ses signes*, Mouton de Gruyter, Berlín & New York, 1992, vol. I, pp. 567-574.
- 16 Cesare Segre, "Intertestuale/interdiscorsivo. Appunti per una fenomenologia delle fonti", en Di Girolamo y Paccagnella (eds.), *La parola ritrovata. Fonti e analisi letteraria*, Palermo, Sellerio, 1981; Peter Haidu, "Semiotics and History", *Semiotica*, 40, 1982, pp. 187-228; Bice Mortara Garavelli, "L'appropriazione debita: i rimandi intertextuali in poesia", *Prometeo*, 2, 1982, pp. 68-78; Gérard Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, Paris, Seuil, 1982; Alberto A. Sanagustín, "Intertextualidad y literatura", *Investigaciones Semióticas I*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 43-52, y las ya citadas de Guerrero, Sánchez Biosca y D'Ippolito.

añadido, que suma o añade nuevos sentidos a un texto que, de por sí, ofrece ya un conglomerado sémico que permite alguna lectura y no precisa de la intertextualidad para poder ser leído. Pero cada autor introduce sus propios matices. Uno de los más reiterados es el de diferenciar la relación entre un texto y su contexto cultural en tanto que (macro)texto, a la manera de Lotman; esta última acepción es denominada *interdiscursividad* por Segre, *architextualidad* por Genette y es recogida y comentada por Mortara Garavelli, Sánchez Biosca, Guerrero; también, en cierta medida, por Sanagustín cuando distingue la intertextualidad *específica* de las que él denomina *genérica* (relación del texto con un género literario arquetípico que le suministra formas modelizantes) y *pragmática* (muy similar a la noción de *paratextualidad* de Genette, pero introduciendo el pragmatismo cooperativo de Eco).¹⁷

LOS PROBLEMAS DE LA INTERTEXTUALIDAD

Antes de seguir adelante, y para centrar correctamente los problemas que aún nos aguardan, creemos conveniente sintetizar los avances sobre la teoría intertextual logrados en URSS/Rusia, Francia y los Estados Unidos en los dos últimos decenios:

1. La obra artística carece de una autonomía semiótica digna de consideración. Todo análisis semántico o hermenéutico que anteponga exigencias inmanentistas a evidencias objetivas habrá de ser necesariamente parcial en sus resultados. Todo proceso semiótico y, en mayor medida, todo proceso artístico participa del carácter iterable y representable del signo.

2. Cuando por cualquier motivo se toma en consideración una unidad semiótica superior a la de la obra (una unidad supratextual), el estudio ha de responder a criterios tanto sincrónicos como diacrónicos. La primacía de unos sobre los otros, que a niveles textuales o infratextuales puede estar justificada por intereses concretos de la in-

17 Peter Haidu (*op. cit.*, p. 196) hace una interesante reflexión sobre esta dimensión cultural de la intertextualidad, con la que en forma explícita atribuye su origen a J. Lotman y a los trabajos sobre semiótica de la cultura de la Escuela de Tartú.

vestigación, es injustificable y pernicioso: todo sistema responde a la doble dinámica del equilibrio estructural y de la retroalimentación.

3. Aunque las relaciones intertextuales plantean cuestiones interesantes en varios niveles de los estudios del texto y del discurso, parece que donde en mayor medida pueden contribuir al desarrollo de la disciplina es en el hermenéutico. Las taxonomías, las relaciones de géneros, incluso la metafísica del texto, ofrecen, sin duda, terrenos abonados para el estudio; pero son, precisamente, los valores hermenéuticos de la intertextualidad los que provocan las cuestiones más interesantes.

4. El estudio de la intertextualidad, como cualquier otro que se base en la existencia de marcas formales, ha de incluir la figura del lector como presupuesto fundamental. Esto no implica un menosprecio del autor, sino todo lo contrario: la ampliación pragmática del ámbito literario funciona en la doble dirección texto-autor y texto-lector; lo cual, desde el punto de vista de la intertextualidad, podría ser sintetizado en la relación texto-sujeto.

La situación actual de las reflexiones sobre la intertextualidad es, como vemos, una de las más interesantes que la Teoría Literaria tiene entre manos: sus categorías principales son la transcendencia textual, la diacronía, la hermenéutica y el sujeto; es decir, los agentes primordiales que comparte toda la cultura postestructuralista.

Ahora bien, esta combinación de elementos puede resultar catastrófica si se carece del aparato analítico necesario para dotarlos de la cohesión que la teoría de la intertextualidad requiere. De hecho, no es extraño encontrar pretendidas aplicaciones de la teoría que olvidan su vertiente hermenéutica pero que activan poderosamente los valores transtextuales; o incluso que olvidan todos estos parámetros y se contentan con aplicar fórmulas heredadas del estructuralismo de los primeros tiempos.

Los problemas prácticos de la intertextualidad son muchos, desde la propia terminología hasta los modos de aplicación a objetos concretos. En este sentido, proponemos entender la intertextualidad como un mecanismo generador de significados para cuya activación son necesarias (pero no suficientes) una alusión o marca textual y la percepción, entendimiento y comprensión por parte del lector. El significado que de esta forma nace no tiene ninguna característica

especial respecto a otras formas de significado poético: puede ser denotativo (cita directa) o connotativo (alusión), directo (guiño breve) u oblicuo (parodia), intencionado (por el autor) o accidental (producido entonces por el lector), con todas las gradaciones que se crean oportunas. Pero frente a otros mecanismos de activación semántica más decididamente retóricos, el intertextual procura un significado que se extiende sobre todo el texto como una pátina que impregna todo lo demás: no es algo que el texto ofrece al lector, sino algo que el lector aplica al texto. Este uso especial del sentido es lo que pone en guardia al lector, lo que le hace despertar súbitamente de la lectura monocorde para instaurar un nuevo modo, dinámico y cooperativo y, por esa razón, el sentido así emanado permanece con mayor vigor y afecta al proceso mismo de la lectura.

Pero es preciso que el lector perciba algo en el texto que le haga poner en marcha este mecanismo. Ante ese algo (una cierta marca lingüística, una alusión, cualquier cosa que se salga de lo que ese texto ha instaurado como "normal"), el lector ha de reaccionar: ha de entender y asumir lo que de ahí se pueda derivar, para finalmente comprender (el *Verstehen* husserliano), dar forma mental a lo que así haya surgido. Algo que a todo lector le ha asaltado alguna vez es la incómoda sensación de que en lo que está leyendo hay algo más que no es capaz de entender plenamente, de que algo se le escapa; a menudo, esta sensación procede de la percepción de marcas intertextuales que el lector no está en disposición de comprender: sabe que le indican en alguna dirección, pero ignora en cuál. En este caso, obviamente, no podemos hablar de intertextualidad; es como si la marca no hubiese sido en absoluto percibida.

Planteado de esta forma, el problema se centra plenamente en la figura del lector: sólo él es capaz de poner en funcionamiento un mecanismo cuya activación depende de él. Esto, que ya es bien evidente de por sí, se confirma plenamente si consideramos uno de los modos más complejos de relación intertextual, como es el analógico. La percepción intertextual no responde únicamente a la asociación analógica, como es obvio; pero, como ésta es la más oscura y difícil de las planteadas por la intertextualidad, tendremos que considerarla como caso límite. Alleau¹⁸ caracteriza la analogía como

18 René Alleau, *La science des symboles*, Paris, Payot, 1982, pp. 91-92.

medio de comunicación y conocimiento basado en la imitación de tipos que, al actuar de manera indirecta u oblicua, no consigue nunca una denotación clara.

La reivindicación del lector y de su papel en la relación intertextual implica el riesgo de no poder formalizar coherentemente el fenómeno, ya en la órbita de la subjetividad y de la analogía. Pero hay al menos tres razones para pensar que tal riesgo no es más que una cortina de humo. La primera de ellas la tratamos más arriba: la formalización es necesaria para la interpretación del fenómeno, pero en sí misma no representa ningún fin imprescindible. Formalizar e interpretar son dos aspectos de la misma labor, que, en última instancia, es comprender. La segunda razón se refiere directamente al lector: la gama de reacciones subjetivas ante el fenómeno intertextual responde íntegramente a las competencias que el lector pone en juego en el momento de la lectura; este aspecto ha sido repetidamente señalado en los últimos tiempos¹⁹ y, por lo tanto, parece posible cimentar el aparato teórico en las bases chomskyanas del concepto. La tercera razón es que la propia ortodoxia semiótica no encuentra problemas terminantes ante el peligroso concepto de analogía, sino que invita a utilizarlo como vía transitoria para refocalizar los problemas un paso más allá:

Empleado en semiótica como un concepto no definido, el término analogía puede ser útil en la medida en que la comprobación por analogía es prolongada por un hacer dirigido a determinar en él la estructura.²⁰

En vista de todo esto, deberemos, seguidamente, centrar nuestra atención en los verdaderos problemas que subyacen a la teoría de la intertextualidad. Uno de ellos es el de la competencia que hace

19 Jenny, *op.cit.*, p. 257; Elaine Rusinko, "Intertextuality: The Soviet Approach to Subtext", *Dispositio*, 11-12, 1979, pp. 213-235; Angelo Marchese, *Il segno letterario. I metodi della semiotica*, Firenze, D'Anna, 1987, p. 36.

20 A.J. Greimas & J. Courtés, *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette, 1979. Cito por la traducción castellana: Madrid, Gredos, 1982, p. 34.

posible la diversidad de lecturas intertextuales y que ya hemos estudiado en otro lugar.²¹ Un segundo problema es el planteado por la posibilidad de la lectura analógica, que podemos identificar con el de la semiosis ilimitada: la relación intertextual absolutamente libre, dirigida por mecanismos de reenvío que ni siquiera el propio lector está en condiciones de controlar.

ANALOGÍA Y SEMIOSIS ILIMITADA

El lugar más propio para una discusión sobre la intertextualidad es, sin duda, el ámbito del lector. Otra de las prácticas habituales en este tipo de estudios es localizarlo en la práctica comparatista, solución que ya ha sido ensayada en múltiples ocasiones. Debemos considerar la intertextualidad como una actividad del lector antes que como una característica del texto; actividad que, naturalmente, viene determinada y condicionada por toda una serie de factores entre los que, si se desea, se pueden destacar los datos formales del texto y el explícito (o implícito) *mensaje* intertextualizado del autor.

Pero, una vez propuesto este planteamiento, debemos considerar los casos más extremos, en los que tal actividad perceptora del lector se manifiesta de forma irregular. El umbral inferior vendría determinado por la ausencia de percepción; el superior, por una hiperpercepción que, como veremos, presenta ciertos peligros.

Frente a la percepción estándar, que podríamos definir como el proceso de entendimiento y comprensión que garantiza la producción ordenada del sentido,²² la percepción pobre coarta definitivamente ese proceso y desemboca en una comprensión insegura y engañosa del sentido. Esto no quiere decir que tal infra-percepción

21 Martínez, *op.cit.*

22 Entendemos que este nivel estándar es el que caracteriza la lectura positiva, es decir, aquella que extrae del texto algún sentido. Una lectura negativa es la que se muestra incapaz de extraer ningún sentido, o bien la que aun manejando ciertas unidades semánticas no logra dotarlas de una cohesión que las muestre en forma ordenada. La lectura negativa puede surgir, bien de una actividad lectora perezosa o pobre, bien de una atención desmesurada que activa caóticamente todos los mecanismos semánticos de que es capaz.

sea algo indeseable o marginal, puesto que, de hecho, ha sido práctica habitual de un buen número de corrientes artísticas (la arquitectura barroca, el impresionismo pictórico, buena parte de las vanguardias literarias, la contra-cultura) y, en nuestros días, es algo perfectamente común en el consumo de masas. La percepción pobre de una relación intertextual no equivale a la ausencia de toda percepción; antes bien, es un fenómeno extraordinariamente interesante porque una mínima variación en cualquier elemento provoca sustanciales cambios en el sentido que, finalmente, pueda surgir ante el lector. La gama de posibilidades, que a nuestro juicio sería necesario estudiar más detenidamente, abarca desde el semi-reconocimiento de las marcas formales que el texto ofrece hasta la inserción defectuosa de la carga semántica intertextual en el entramado intratextual.

La hiper-percepción, por su parte, ofrece un mayor interés. Uno de los efectos del artificio intertextual, como en su momento dijimos, es alertar al lector sobre la posibilidad de que no todo lo que se debe leer esté en el texto. El lector, hasta entonces tranquilamente asentado en la inocente linealidad de su lectura, adquiere así la certidumbre de que hay (o puede haber) algo más. Un caso extremo de esta reacción es la paranoica búsqueda de todo aquello que se pueda encontrar y, en último extremo, también de lo que nunca se encontrará porque no existe.

El trabajo del lector no se desarrolla exclusivamente en base a relaciones analógicas; pero gran parte de las percepciones intertextuales funcionan analógicamente, ya que, a excepción de las citas directas y de las alusiones explícitas, la marca formal de la relación intertextual apela a conocimientos implícitos que el lector ha de poner en juego. Es el carácter implícito de gran parte de los fenómenos intertextuales lo que lleva al lector a formar relaciones que a veces no coinciden ni con las que el autor del texto había prefigurado ni con las que pueden obtener otros lectores: los procesos analógicos gozan, sin duda, de un elevadísimo componente subjetivo.

La percepción intertextual de tipo analógico conlleva ciertas dificultades teóricas que sería conveniente señalar. Una de ellas es la exacerbación del componente subjetivo de la teoría, que se aproxima de esta manera a una cierta tendencia negativista o incluso nihilista. Otra, a la que prestaremos mayor atención, consiste en la puerta

abierta que tal actividad deja a la infinitud de la representación intertextual: las relaciones que un lector dotado de extraordinaria capacidad analógica puede desarrollar a partir de una mínima marca textual son inmensas. Nada nos impide imaginar que un hipotético superobservador al estilo de Laplace percibiría no sólo las relaciones de un texto con todos los otros textos posibles, sino también todas las relaciones de esos textos entre sí, por lo cual desde aquí se abre un territorio de apariencia infinita.

La aparente infinitud de este planteamiento surge del juego de espejos en el que se basa la percepción intertextual que, a efectos del lector, viene a ser una verdadera representación: un texto se representa de alguna manera en otro texto, el que, a su vez, se representa en otro; o, en otros términos, en un texto late un subtexto en el que late otro subtexto; o aun: todo hipotexto es simultáneamente un hipertexto en otra relación. Este juego de reenvíos, como fácilmente se comprende, es ilimitado; o, para ser más precisos, sus límites coinciden con los de lo que se da en denominar Cultura. Esta concepción se puede ejemplificar en la conocida fórmula genetista, heredada de los maestros del positivismo, según la cual en cualquier individuo está implícita la historia de toda la especie, lo que para nosotros significaría que en cualquier obra literaria late toda la historia de la literatura.

Dejando aparte los juegos lógicos más o menos pintorescos que de esta forma podríamos emprender, nos gustaría subrayar la semejanza formal que la estructura ilimitada (o tal vez circular)²³ del reenvío intertextual guarda con el principio peirceano de la infinitud de la semiosis. Peirce plantea con estas palabras el problema de la semiosis indefinida:

Un signo es algo que es relacionado con una segunda cosa, su

23 Aunque nos fiamos bastante poco de estas metáforas geométricas, creemos que su uso ofrece a veces valores pedagógicos. En este caso habría que hablar de una recta infinita de reenvíos o, mejor, de un círculo vicioso; mejor aún sería una espiral o una figura helicoidal; pero la imagen más veraz sería la de una red de conexiones infinitas, en la que cada nudo sería una individualidad literaria (una obra, por ejemplo) y que implica las ideas de coexistencia de todas las relaciones y de caos orgánico.

objeto, desde cierto aspecto o cualidad, de tal manera que lleva a una tercera, su interpretante, a una relación con el mismo objeto, y esto de tal manera, que aquél lleva a un cuarto a una relación en el mismo sentido con el objeto, y así *ad infinitum*.²⁴

Esta concepción del proceso semiótico implica su necesaria carencia de límites, desde el momento en que, lógicamente, puede aparecer un quinto interpretante, el que acarrea un sexto y así sucesivamente. Aunque este aspecto de la filosofía de Peirce es oscuro y se mueve aparentemente a base de intuiciones, ha despertado ciertas inquietudes en quienes han creído percibir en él la constitución de una metafísica de origen semiótico.²⁵ Sin embargo, Eco considera que tal principio constituye la única garantía de que un sistema semiótico pueda explicarse en sus propios términos, de igual forma que los sistemas convencionales se explican entre sí. Lo que equivale a decir que todo sistema cultural es explicable a través de un sistema semiótico y, en última instancia, que todo sistema semiótico es auto-suficiente:

Esta continua circularidad es la condición normal para la significación y es lo que permite el uso comunicativo de los signos para referirse a cosas. Rechazar esa situación por considerarla insatisfactoria equivale simplemente a no comprender cuál es el modo humano de significar, el mecanismo gracias al cual se hacen historia y cultura, el propio modo como, al definir el mundo, se actúa sobre él y se lo transforma.²⁶

Pero una tal concepción del funcionamiento del signo, de la semiosis en general, es contraria a lo que nos dicta nuestra propia

24 Charles Sanders Peirce, *Collected Papers*, Cambridge, Harvard University Press, 1934, 2.92. Nuestra traducción.

25 Para diversos comentarios al respecto cf. Eco, *Trattato di semiotica generale*, Milano, Bompiani, 1975; Maldonado, *Vanguardia y racionalidad*, Barcelona, G. Gili, 1977; Antonio Tordera, *Hacia una Semiótica Pragmática*, Valencia, Fernando Torres, 1978, pp. 143 y siguientes; William Wykoff, "Semiosis and Infinite Regressus", *Semiotica*, 2-1, 1970, pp. 59-67.

26 *Op.cit.*, pp. 137-138 de la traducción castellana: Barcelona, Lumen, 1977.

experiencia: el mero hecho de que, mejor o peor, nos entendamos entre nosotros mismos indica que el proceso de significación no es ilimitado, indeterminado, sino que, de una forma u otra, se llega a un punto en el que el sentido, sea cual sea, llega a adquirir un modo de existencia. O dicho de otra forma, que hay un interpretante que ya no reenvía a otro posterior, un interpretante final. La caracterización de este interpretante final propuesta por Peirce, a pesar de su cierta tosquedad, no ha sido superada satisfactoriamente a pesar de los intentos realizados en esta dirección. Es, precisamente, la dificultad para caracterizar ese interpretante final lo que ha hecho de la infinitud de la semiosis un problema. El interpretante final lógico, tal como lo entiende Peirce, son los hábitos de comportamiento de cada individuo concreto.²⁷

Es preciso observar que, en el caso de la intertextualidad ilimitada, sería enormemente complicado decidir en qué medida los hábitos de lectura de una determinada sociedad, de un determinado individuo, condicionan o mediatizan las percepciones y operaciones de reenvío que sobre un texto dado se pudieran realizar. El primer problema, insoluble de por sí, sería el de aislar esos "hábitos". Cuando Eco ha de hablar, por necesidades expositivas, de las circunstancias individuales que determinan la asociación libre (y no otra cosa representa la intertextualidad ilimitada), no logra determinar con claridad en qué pueden exactamente consistir y nos regala un laborioso ejemplo: las unidades culturales como bolitas en una caja, que, al moverse, provocan diferentes configuraciones y combinaciones.²⁸

Hay quienes no necesitan para nada una explicación de lo que realmente es el interpretante final e, incluso, a más de uno le disgustaría la idea misma de la semiosis necesariamente limitada. Este es el caso de Floyd Merrell, uno de los más sorprendentes semiólogos de

27 Peirce, 5.476. En otro lugar (4.536) habla de los tipos de interpretante.

28 *Op.cit.*, p. 224. A continuación juega con su propio ejemplo y propone que cada bolita ha de estar magnetizada para poder producir atracciones y repulsiones. ¿Hay una cierta impronta lotmaniana en todo el discurso? (Cf. Lotman, "Un modelo dinámico del sistema semiótico", recogido en Lozano, *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979, pp. 93-110).

la actualidad.²⁹ El trabajo de Merrell se sitúa en un puesto de verdadera vanguardia dentro del pensamiento semiótico de nuestro tiempo: da por supuesta la unidad epistemológica de las ciencias, interpreta los escritos de Peirce a la luz de la física post-einsteiniana y concibe la Semiótica como la formalización científica de un pensamiento más vasto que denomina *Emergent Perspective*. En esta Perspectiva se considera que cada signo está unido a todos los demás signos, de tal forma que lo que aparece es una vasta red de líneas que configura nuestro mundo signico. Esta red semiótica se caracteriza por la total autonomía de sus elementos, por su atemporalidad (todas las relaciones, pasadas y futuras, están contenidas en una especie de presente virtual) y por su autosuficiencia. Es imposible una descripción global de la red, debido a la constante mutabilidad de sus elementos y a la finitud de la competencia de sus usuarios.³⁰

Esta peculiar concepción del universo de los signos, como vemos, se basa en las nociones de intertextualidad y de semiosis ilimitada, que de esta forma quedan íntimamente unidas.³¹ Esta postura, a pesar de su indudable interés, nos es muy poco útil a la hora de enfrentarnos con la evidente existencia del interpretante final. Si el hábito peirceano y el humor, sabiduría e ideología de Eco no nos convencen cuando hablamos de intertextualidad, es preciso recurrir a alguna otra categoría.

No creemos, de todas formas, que Eco ande muy descaminado cuando habla de conocimiento anterior. De hecho, la reflexión que a continuación proponemos se basa en la esfera del conocimiento, en el bagaje cultural del lector o, como nosotros preferiremos, en una especie de competencia que caracteriza el momento último de la producción del sentido en la práctica intertextual.

29 Floyd Merrell, "An Uncertain Semiotic" en Koelb & Lokke, eds., *The Current in Criticism: Essays on the Present and Future of Literary Theory*, Purdue University Press, 1987, pp.243-264.

30 Merrell, p. 260.

31 Esto, señala Merrell, supone evitar gran parte de la semiología saussureana en favor de un discurso más fragmentario y, diríamos, postmoderno.

INTERTEXTUALIDAD, SEMIOSIS, COMPETENCIA

Parece que si las cosas ocurrieran de forma natural, los procesos de semiosis deberían ser ilimitados. La paradoja de Peirce no es, en realidad, tal paradoja; es sólo la descripción de un estado semiótico fluido, en el que el signo sólo existe por su relación con otros signos y, por tanto, los procesos de significación son ilimitados (diríamos, exagerando, que la semiosis ni se crea ni se destruye, sólo se transforma). La apariencia finita que los procesos semióticos ofrecen a nuestros ojos es debido a una cortapisa de origen humano, que modeliza y simplifica unos procesos frente a otros, establece modelos semióticos (a menudo de proyección eminentemente diacrónica) y de esa forma frena la entropía provocada por la semiosis ilimitada. En efecto, desde un punto de vista sistémico, el sistema cerrado que representa el mundo del signo funciona gracias a la irreversibilidad de los procesos semióticos: una vez que el proceso de significación ha comenzado ya nada lo puede detener, ni siquiera sus usuarios pueden sustraerse a sus efectos o hacer retroceder el proceso. Una semiosis ilimitada no controlada por ningún otro mecanismo haría progresar la entropía del sistema hasta colapsarlo totalmente y dejarlo inoperante. La demostración de la existencia de los procesos de modelización es muy fácil a través de la reducción al absurdo: si no existieran tales procesos, el sistema semiótico ya se habría colapsado hace mucho tiempo. Postular la existencia de tales mecanismos modelizantes es postular la inaprehensibilidad de lo natural, de lo azaroso, del *datum*; su aparición universal representa la lucha del *homo semioticus* contra todo aquello que se escapa a lo nominable, a lo semiotizable. En nuestra opinión, la noción de competencia debe situarse en el centro mismo de los mecanismos de modelización.

No queremos plantear la cuestión de la competencia en términos estrictamente chomskyanos, porque éstos sólo parecen responder a uno de los mecanismos modelizantes y no a todos. En concreto, a lo que Lotman ha denominado Sistema Modelizante Primario y que podríamos identificar con el nivel más amplio, general y abarcador, identificable con la lengua natural materna. En nuestra aplicación literaria, un concepto como el de performance no parece tener mucho sentido o, al menos, no puede entenderse de forma similar a *Perfor-*

mance Lingüística. Una actuación literaria tiene lugar cuando se ponen en marcha los mecanismos, reglas y normas de la competencia literaria; entonces tal competencia literaria viene a ser un depósito de normas. Pero visto a la inversa, la cosa cambia: hay un conjunto de saberes individuales, unos de carácter universal, otros particulares, otros individuales (donde entran creencias y juicios de valor). Esos saberes permanecen mudos, estables, inalterados, en las distintas zonas de la mente. Sólo cobran sentido cuando son estimulados, encendidos por un interés concreto del sujeto. Yo sé que el fuego quema y que el verbo de una oración concuerda con su sujeto, pero normalmente no pienso en ello; pero cuando veo cerca de mí una gran hoguera o escribo en una lengua extranjera, esos saberes se me presentan con firmeza e, incluso, a veces comportan otros saberes asociados (el fuego quema pero el agua lo apaga, una vez me quemé...). Cuando el estímulo procede de un acontecimiento perteneciente a un Sistema Modelizante Secundario, como el literario, se pone en marcha la competencia correspondiente; por ejemplo, la competencia literaria o mecanismo de actualización de saberes previos que antecede al acto propiamente dicho de la lectura. Esta competencia jerarquiza nuestros saberes, selecciona algunos de ellos y los entrega ordenadamente al exterior, a la confrontación con un texto que será el encargado de reordenarlos, añadir nuevos datos y devolverlos al depósito mental.

El nivel competencial es la única explicación plausible al caos intertextual. El principio de intertextualidad, según el cual todo texto se define por su relación con los demás textos, asegura la legibilidad del discurso apelando al garante último del proceso semiótico, que es el destinatario. Por lo tanto, perderemos el tiempo si intentamos abordar el estudio de la intertextualidad desde el interior del propio texto: es preciso analizar las condiciones que hacen posible el funcionamiento intertextual de un texto desde la instancia lectora y relativizar muy cuidadosamente todos los otros elementos del proceso comunicativo. El destinatario (el lector) tiene en sus manos la capacidad de activar o anular el mecanismo intertextual, gracias al nivel competencial. Poco importan, pues, las intenciones del autor, porque por muchos indicios intertextuales que éste deje en el texto, el mecanismo sólo funcionará si y sólo si el lector lo activa; hemos visto que el lector

puede activarlo incluso en ausencia de tales marcas formales.

Ahora bien, ¿qué tipo de competencia es la que el lector pone en juego cuando acepta el guiño intertextual? La competencia lingüística, que se activa en procesos comunicativos propios del Sistema Modelizante Primario, funciona en toda percepción lingüística, pero a un nivel general, que se diría de infraestructura. Por lo tanto, y aunque está presente en todo fenómeno intertextual, difícilmente podríamos buscar en ella ninguna explicación. La competencia secundaria o literaria es aquella que se pone en funcionamiento ante procesos semióticos del segundo grado de modelización; su adquisición es semi-inconsciente, semi-involuntaria e intersubjetiva; su funcionamiento es general en cualquier modelización simbólica de la realidad (la literatura, por ejemplo) y, por tanto, es neutra respecto a la percepción intertextual. Consiguientemente, debemos postular con Kryszynski³¹ la existencia de un nivel competencial de otro tipo, correspondiente a una modelización particular: la intertextual.

Esta competencia intertextual, reguladora del sistema modelizante intertextual, no debe ser entendida como *thirdness*, de la misma manera que la competencia lingüística, relacionada con el Sistema Modelizante Primario, no responde a la *firstness* peirceana. Hablar de un hipotético sistema modelizante terciario llevaría a introducir ambigüedades e inexactitudes que no obedecen a ninguna razón epistemológica clara. Ambigüedades porque el uso de los numerales, más que explicar nada, convencionaliza y oscurece la terminología; inexactitudes porque podría hacer pensar que la subordinación del tercer grado al segundo es similar a la del segundo respecto al primero, cosa que en absoluto es demostrable. El estatuto de este Sistema Modelizante Intertextual es de pertenencia lógica al hiper-sistema modelizante simbólico o literario o, si queremos, secundario (el cual no pertenece al primario, sino que está situado en un nivel lógico inferior). La cuestión que inmediatamente plantea esta relación de pertenencia es la de la hipotética existencia de otros sistemas modelizantes semejantes al intertextual, pertenecientes también al hiper-sistema simbólico. En nuestra opinión, los valores ideológicos, estéticos y otros similares funcionan también como verdaderas redes

32 Wladimir Kryszynski, *Carrefours de signes*, The Hague, Mouton, 1981, p. 39.

modelizantes de forma paralela a la intertextual. Con lo cual podríamos pensar que la famosa competencia literaria, morfológicamente, está compuesta por una serie de sub-competencias y que carece de la cohesión que muchos han presupuesto.

La semiosis ilimitada que, de forma natural, surge de la relación intertextual se ve coartada por esta sub-competencia intertextual. En otras palabras, la competencia intertextual constituye el interpretante final de la intertextualidad ilimitada. Esto no quiere decir que no exista el reenvío infinito en la relación intertextual; de hecho, existe y es lo que justifica las ideas sincronicistas al estilo de Eliot. Pero no hay forma humana de observar tal cosa porque toda competencia es, por definición, finita (maneja un número limitado de elementos). La existencia de la intertextualidad ilimitada no debe preocuparnos, de igual manera que no nos preocupa la existencia de la semiosis ilimitada o, valga el ejemplo, la existencia de una cuarta dimensión espacial; son modos de estar-en-el-mundo que fenomenológicamente se nos escapan.³³

University of Queensland

33 Queremos expresar nuestro agradecimiento a Fernando Andacht por facilitarnos el acceso a algunos materiales y a A. Sanagustín, Carmen Bobes y Marta Mori por su valiosa lectura de versiones anteriores de este trabajo.